

"El Correspondiente de París"

(Hoja autógrafa semanal para el servicio de la prensa hispano-americana.)

Redacción y Admón: 17 rue Mauberge
París.

Año III. - Núm: 89.
París 19 de Enero de 1890.

Sumario. - Ojeada a la situación: Nueva victoria. Indiferencia parlamentaria. La supuesta entrevista de Bruselas; supercheria alemana, ~~para~~ - ~~trámite~~ de una ~~interpretación~~. - Extranjero: Alfonso XIII de Borbón y Amadeo de Saboya. - El conflicto Anglo-portugués; reprobación unánime en Europa; una protesta y una reunión en París. - Leon XIII y su última encíclica. - Miscelánea: En la Comedia francesa - Un viaje original.

El gobierno y la mayoría republicana del Parlamento acababan de obtener una nueva victoria con el resultado, ya conocido, de las elecciones que tuvieron lugar el último Domingo para el nombramiento de los seis diputados que debían sustituir a una parte de los representantes del país cuyas actas habían sido recientemente invalidadas. De los seis puestos disputados, tres han quedado para los conservadores y los otros tres, cuyos titulares pertenecían al partido boulangista, han sido ganados, por gran mayoría, por otros tantos republicanos amigos del gobierno. - El boulangismo había hecho un verdadero tour de force para conseguir que los electores persistiesen en el resultado de la primera elección; el mismo general Boulanger, imprudente como acostumbra, se había lanzado personalmente a la lucha escribiendo cartas y más cartas que sus principales órganos se esmeraban en publicar como para dar más fuerza a las excitaciones del jefe.... Nada de esto ha valido. El país está cansado realmente de la farsa que hasta ahora ha venido jugando a su sombra el llamado partido nacional, y los mismos que en la elección del mes de Octubre dieron sus votos a los candidatos afectos a la causa del ex-ministro de la guerra, les han vuelto desdinosamente la espalda en esta nueva elección del Domingo, dejándoles completamente abandonados al ludibrio de la más cruel y ridícula de las derrotas. Sic transit gloria mundi.

Difícil es prever, sin embargo, que esas victorias resulten en verdad ^{fructuosas} ~~gastadas~~ para la mayoría parlamentaria del gobierno. Es Anómalo, triste y vergonzoso a la vez lo que está sucediendo en la Cámara popular, cuyos individuos parece que se obstinan en no querer escarmentar, dejando como totalmente olvidadas recientes enseñanzas de la experiencia. — Todo el mundo esperaba con afán la reapertura del Parlamento, creyendo poder deducir con más o menos certeza la marcha que seguiría la mayoría según fuese la significación de sus primeros actos y según que los hombres que dicen apoyar la situación se presentaran más o menos solícitos y compactos a cumplir con su deber de representantes del país el día en que las Cámaras, después de tres largas semanas de asueto, reanudarán sus tareas. Bien claro se ha llevado en ello los pobres electores si algo esperaban en este sentido de sus displicentes elegidos. Con dificultad pudo constituirse la mesa el primer día de sesión, y en los tres días que se han seguido (después de la reapertura, apenas si se ha presentado al Palacio-Borbón el número indispensable de diputados para tomar legalmente acuerdo.

Esta indiferencia parlamentaria, culpable en todos países y en todos momentos, lo es mucho más aquí donde los diputados cobran sus emolumentos día por día en pago de servicios que no prestan, y en los actuales momentos, que revisten no poca importancia, tanto por el interés que encierran de suyo los muchos problemas económicos que la Cámara actual está llamada a resolver en esta nueva legislatura, cuanto por la grave situación que algunas naciones de Europa atraviesan en estos instantes por diversas causas que son de todos conocidas. — No es extraño, pues, que los periódicos sensatos comenten esa indiferencia de la manera más acerba. "El país — decía hoy uno de ellos — tiene el deber de exigir a aquellos a quienes paga, el cumplimiento de sus deberes. Si los diputados creen que la indemnización que el Estado les otorga es una renta, se equivocan de un modo lamentable; y antes que seguir engañando al país tan miserablemente, más vale que se retiren para ceder su plaza a los que realmente se sientan con vocación para ponerse de una manera resuelta y decidida al servicio de la patria"

Adrede no quisimos decir una palabra, en nuestra crónica anterior, del incidente relativo al supuesto viaje del

presidente de la República a Bruselas para conferenciar con el emperador de Alemania acerca de los diversos problemas que hoy agitan la opinión y la diplomacia en Europa, y claro está que uno de ellos - el principal quizá - es el relativo a la situación creada a Francia (después de la última guerra) a consecuencia de la despoliación de que fue objeto en una parte considerable de su territorio.

Tanto se habló de esto, y tanta publicidad hicieron sobre este grave asunto (determinados periódicos, que hasta se dijo que un diputado de los de más viso, Mr. Gerville-Réache, se proponía interpelar solemnemente al gobierno para que el país conociera exactamente lo que pudiera haber de verdad en aquella supuesta entrevista, cuyo solo proyecto, de existir en la mente de los encargados de llevarla a cabo, entrañaba una verdadera injuria al buen nombre de Francia, el cual no puede restarse en verdad de la pasada afrenta, mientras sigan las dos provincias auspicadas bajo las garras de la poderosa Alemania.

Ahora resulta, como nosotros creímos desde un principio, que en todo ello no hay otra verdad que la del mayor o menor ingenio demostrado por los autores de ese card simplemente estupendo. La "Gaceta Nacional" de Berlín fue el primer periódico que, a guisa de ballon d'essai, publicó una ligera insinuación dejando entrever la posibilidad de una visita recíproca entre Mr. Carnot y el emperador Guillermo. Más tarde ha venido el "Diario de Ginebra" a marcar los puntos sobre las ies indicando que la entrevista podría tener lugar en Bruselas; los periódicos boulangistas, siempre a cara de impresiones contra el gobierno, han acogido candidamente la noticia, dándola como cierta y poniendo el grito en el cielo para demostrar de cuantos banjeras son capaces los hombres de la situación, incluso Mr. Carnot, con tal de mantenerse en el poder; y, como la bola de nieve, así se ha ^{reproducido} hecho la leyenda, que al fin ha quedado deshecha, dejando en una posición ridícula a cuantos, por pasión o por necesidad, habían caído en la red tendida por el Canciller, para quien son legítimas todas las supercherías siempre que éstas le conduzcan al fin que se propone.

+ +

Mal año es éste en el que acabamos de entrar apenas, para las Dinastías. Ayer hablábamos de la muerte de la que fue emperatriz del Brasil y del fallecimiento casi simultáneo de la emper-

(41)
ratriz viuda de Alemania... Pocos dias han transcurrido; y mien-
tras de un lado la Parca parece haberse arrepentido de su pri-
mera Decision, optando por conceder, por el momento, la gra-
cia de la vida al rey niño que ocupa el trono de España,
en cuyo restablecimiento más de un monárquico querrá ver
un signo de protección de la Providencia, en cambio, de otro,
la enfermedad reinante ~~se~~ lleva en menos de seis dias al
sepulcro a un príncipe en el vigor de su edad, precisa-
mente a ese mismo príncipe, rey de España también
ayer, cuya abdicacion dignísima en la célebre noche
del 11 de febrero de 1873 fue la causa originaria de la res-
tauración Dinástica de los Borbones, precipitada muy
tarde por las torpezas y divisiones de los republicanos, con-
sentida por la indiferencia y el cansancio del país y lle-
vada a cabo por la negra traición de un soldado de fortuna.

La muerte súbita del duque de Aosta nos ha causado
a nosotros, a fuer de españoles, profundísima pena, y estamos
permeados de que en España ha de producir ese mismo
sentimiento de trétera en la inmensa mayoría de los hombres
que profesan culto desinteresado a la honradez y a las ideas
de libertad y de progreso. En París, casi toda la prensa le
consagra hoy sentidos artículos. En todos ellos se habla del
nobilísimo papel que le cupo representar al malogrado prin-
cipe durante el corto tiempo ^{en} que se sentara en el trono de Es-
paña. Descanse en paz el caballero leal y sin tacha, y que
su ejemplo sirva de lección y enseñanza a cuantos, en estos
momentos de transición histórica que atravesamos, se obsti-
nan en navegar contra la corriente, sin comprender que fue-
ra de ella y contra ella no hay sino la perdición o el negro
abismo.

Diríamos una trivialidad si dijéramos que todo París se
ha pasado la semana entera comentando la manera inoble, per-
fida y brutal con que Inglaterra ha precipitado el desenlace
del conflicto que tenía con Portugal. El telégrafo ha dado ya so-
bre ese desenlace todos los detalles deseables, y todo lo que nosotros
añadiríamos, sería una mera repetición de lo que a estos horas
se sabe ya de memoria cuantos nos llen aqueudi. Como allende
el Océano. — La Europa entera reprueba indignada el acto
de fuerza realizado por la Gran Bretaña; pero, aparte lo que
se dice en España, donde, como es natural, la opinion públi-
ca debe haberse conmovido por razones de rara y arista el re-
cuerdo inolvidable de lo que ocurrió con Alemania en el asunto
análogo de las Carolinas, en ninguna parte, seguramente, como

en París, la indignación expresada por los órganos de esa misma
opinión ha rayado a tanta altura. No ha habido aquí distin-
ción de clases, categorías ni partidos. De todas partes han sur-
gido los epítetos más violentos. En pleno boulevard, en los cafés,
en los círculos, donde quiera que se reune media docena de per-
sonas que saben sentir o pensar, allí se presenta el duro apó-
strofe o el acerbo comentario. Inglaterra se ha deslucrado pa-
ra siempre; su imposición es un acto de cobardía: estas son
las exclamaciones que brotan espontáneamente de todos los
labios. — Respecto de la situación de Portugal, tendríamos que
escribir muchas páginas si quisiéramos reproducir todo lo que
aquí se dice, en prevision de próximos sucesos, considerados por
muchos como absolutamente inevitables. Algo se insinuó an-
teanoche en la reunión de protesta llevada a cabo por los por-
tugueses residentes en esta capital, y a la que concurren, en-
tre otros muchos otros personajes extranjeros invitados, el ilustre
expatriado español Sr. Ruiz Lorrilla, representante del partido
revolucionario de España, y el Sr. Amilcare Cipriani, que lo
es a su vez de los revolucionarios de Italia. No queremos in-
sistir sobre ello, porque el telégrafo ya se nos habrá anticipado
dando cuenta de los discursos que uno y otro pronunciaron, ~~el~~
~~adelante~~, quizá tan solo de algunos meses, a los acontecimen-
tos que estamos llamados a presenciar en Portugal, a conseuen-
cia de la reciente humillación que la pusilanimidad de la di-
nastía reinante ha hecho sufrir a aquel valiente pueblo.

El espacio nos falta para hablar de la última Encíclica
del soberano Pontífice Leon XIII. El documento, in embargo, es
demasiado importante por muchos conceptos para que lo releguemos
al olvido; así, nos comprometemos desde ahora a dar de él un
breve resumen en nuestra próxima crónica.

Poco interés ofrece la crónica puramente parisina de
esta última semana. La única novedad ha sido el estreno de
la nueva Comedia de Enrique Meilhac, "Margot", verificado ano-
che en el teatro de la Comedia Francesa. La obra está escrita con
notable maestría, como no podía dejar de suceder tratándose de
quien ha producido tantas y de tanta valía; pero la crítica está
casi unánime en deplorar - juzgándola de primera impresión
que el desentace se separe de lo racional y de lo justo, y que, por
este motivo quizá, la obra no esté en todo sus actos a la misma
altura. El primer acto es admirabilísimo sobre toda ponderación.

Esta semana puede decirse que ha tenido un mot de fin: el viaje
que acaba de realizar un pobre diablo de Viena, viéndose a París metido
en una caja que él mismo había construido y hecho facturar como un
caja frágil y de mucho cuidado. El caso no puede ser más original, y como
aquí todo se explota, el liro del suceso, por poco que cante, ha hecho su fortuna. Arturo Vardell roy